



Unamuno, referente moral

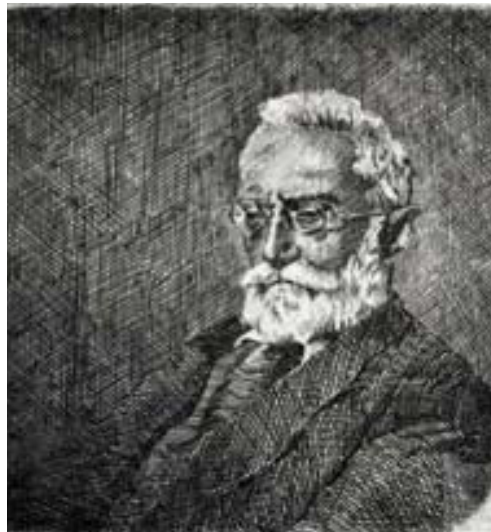
MIKEL ETXEBARRIA DOBARAN

En estos tiempos en los que abundan los hechos alternativos, la postverdad y la perversión del lenguaje, hay nostálgicos del antiguo régimen a los que les encanta reescribir la historia con renglones torcidos para que coincida con sus anhelos profundos. No obstante, tenemos la suerte de que tanto la genial película de Aménabar como la renovada biografía del matrimonio Rabaté siguen defendiendo que el famoso enfrentamiento dialéctico del día de la Raza de 1936 en la Universidad de Salamanca entre Unamuno y Millán-Astray, no fue «un acto bastante banal», sino, en cambio, un episodio muy serio. Decía Orwell que en una época de engaño universal, decir la verdad es un acto revolucionario.

La pena es que en la película, como en cambio sí ocurre en la biografía, no se especifican –entiendo que en un film todo no es posible– las consecuencias que aquel hecho tuvieron para Unamuno. Es cesado (una vez más) como rector de la Universidad de Salamanca, se le borra de la nómina de profesores, se suprime la cátedra a la que se le había dado su nombre, se le expulsa de concejal y es anulado su nombramiento como alcalde honorario de Salamanca. Es considerado rojo y traidor, se le confina en su casa con vigilancia policial, merman sus ingresos económicos al dejar de recibir las rentas por su casa de Bilbao y no obtener ingresos por sus escritos, se amenaza a su familia y fallece poco después, no vamos a decir ayudado, pero sí acuciado por la melancolía, el desasosiego y el desprecio de los ‘hunos’ y de los ‘hotros’.

Unamuno tuvo una personalidad compleja, inquieta, rebelde, crítica (con todos y consigo mismo), apasionada, valiente, contestataria, versátil, contradictoria, cambiante (él dice que cambian los de-

más), con sentimiento trágico de la vida. No se casaba con nadie, excepto con su Concha, hasta que la muerte les separó. Decía que era un «hombre entero» a diferencia de un «hombre partido», o de filiación política definida. Y que era «orejano», que es la res que va sin marca ni señal. Desconcertado políticamente entre la izquierda y la derecha intentó ser liberal. De cha-



val manda una carta anónima amenazando al rey Alfonso XII por la abolición foral; es desterrado por atacar al rey Alfonso XIII y a Primo de Rivera; proclama la República en Salamanca; apoya inicialmente el golpe porque cree que van a restaurar –como así decían– la verdadera República. Y cuando ve que son la otra cara de la barbarie, queda desolado.

Nos ha legado perlas enormes. Voy a citar un decálogo de las menos conocidas. 1. «El castellano no ha sido lengua indígena en mi tierra y aun los que lo hemos hablado desde la cuna hémoslo hablado siempre como lengua pegadiza»; 2. «Apena leer trabajos de historia en que se llama glorias a nuestras mayores vergüenzas»; 3. «El primun vivire ahoga el deinde philosophari»; 4. «Hay que educar a los jóvenes para una vida nueva y no pue-

den hacerlo los formados en la vida vieja»; 5. «Yo he buscado siempre agitar, y a lo sumo, sugerir más que instruir»; 6. «Hay que civilizar el cristianismo y por civilizar entiendo hacerlo civil»; 7. «Mis monólogos son diálogos»; 8. «Dicen de Unamuno que es un señor un poco raro que se dedica a decir verdades que no hacen al caso»; 9. «Cuando es de estudio, la humildad deja de serlo»; 10. «Cuando todo pase, como siempre, me enfrentaré a los vencedores».

Pudo haber sido premio Nobel de Literatura, ministro de instrucción pública o presidente de Gobierno. ¡Qué más da! Pocos premios Nobel, ministros o presidentes van a ser recordados tanto como él por generaciones posteriores. Era un agitador de espíritus, pero como los buenos profetas, a pesar de ser el bilbaino (sin tilde) más universal, ha sido incomprendido también en su pueblo; aunque, ahora al menos, nuestros descerebrados autóctonos no tiran su busto a la ría. Y quién le iba a decir a quién tenía ansia de eternidad y muchas dudas sobre la vida eterna que la iba a conseguir, pero en este mundo.

Estamos rodeados de líderes vendehumos y populistas que tratan de conmovier a la muchedumbre y de influir sobre la masa de personas, tras hacerlas perder su personalidad al amasarse. Unamuno, en cambio, se dirige al corazón del hombre individual –para conmovierlo– y cuando habla en público siempre lo hace a cada oyente en particular. No importa no coincidir con él en sus ideas y planteamientos, ya que hasta él mismo cambia y se contradice. Sin embargo, su aportación y actitud deben servir de referente moral para mantener la mente despierta, para cuestionarlo todo, para tener un espíritu crítico y no ser domesticable y en el fondo, para poder dar un cierto sentido a la propia existencia.